

EL NUEVO ORDEN ECONOMICO INTERNACIONAL Y LA PROBLEMÁTICA

FINANCIERA MUNDIAL

Felipe Herrera Lane.

I. EL NUEVO ORDEN ECONOMICO INTERNACIONAL.

Actualmente, el concepto del NOEI aparece, para muchos, como una "cosa juzgada", como un concepto que se hubiese aceptado, divulgado e impuesto. Cualquiera que sea la posición que se tenga en la apreciación del NOEI, se está, de alguna manera, en lo cierto: se trata de un concepto temático, intelectual y político, que se puso en vigencia a partir de mediados de la década de los '70. Es interesante recordar que son, por lo menos, dos países desarrollados en ese momento, los que estimulan la idea: por una parte el Gobierno de los Estados Unidos, a través de la famosa presentación que hiciera Henry Kissinger ante las Naciones Unidas en 1975, y, por otra, el Gobierno francés, mediante el diálogo que se inicia bajo su patrocinio, el año 1976-77, para tratar de ir estableciendo las bases de lo que podría ser el NOEI. Luego, todo esto se trataría de irlo canalizando a través del sistema de las Naciones Unidas.

Sin embargo, al llegar al final de la década de los '70, este empuje inicial se encuentra significativamente aminorado por la falta de una proyección de carácter pragmática, que este nuevo diálogo no tuvo. Desde nuestro punto de vista, esto no quiere decir que la idea original esté irreversiblemente fracasada, aunque aceptamos que hay muchos que opinan en un sen

tido contrario.

Pareciera que hablar de NOEI y de diálogo Norte-Sur fuese lo mismo, sobre todo hoy en día frente a las dificultades y a las limitaciones financieras internacionales. Pero hablar de diálogo Norte-Sur, supone necesariamente una nomenclatura, una actitud filosófica y política común, y supone, al mismo tiempo, la decisión de ir dando respuestas a los factores de de equilibrio entre el mundo desarrollado y el denominado mundo "en vías de desarrollo", con todas las características especiales que puede tener América Latina dentro de este último contexto

Es innegable que en la actualidad existen factores desilusionantes en relación a las consideraciones generales sobre el NOEI. Al respecto, todos tenemos en mente la suerte corrida por el Informe Brandt, que tuviese una primera versión que causó gran impacto internacional. Surgió de la propuesta que hiciera el entonces Presidente del Banco Mundial, Robert McNamara, para que el líder de la Social Democracia mundial, Willy Brandt, asumiera la dirección de un grupo de personas representativas del mundo entero, sus conclusiones no han podido tener una proyección de tipo concreta. La mejor expresión de la falta, en ese entonces, de una madurez en los países desarrollados, fue percibida en la reunión de Cancún, México, en 1981, a través de la posición del Presidente de los Estados Unidos. Como se recordará, cuando se hicieron las gestiones para ese encuentro, el Presidente Reagan no fue partidario de su celebración. Luego, de manera muy prudente, y dentro de la posición geo-política de su país, aceptó su realización y participación en ella. Al final, fuera del testimonio de los problemas, de una muestra de buena voluntad, y de una posible co-participación a futuro, nada importante resultó de dicho encuentro.

Y aún más recientemente, ¿qué ha salido de positivo para el Tercer Mundo de la Reunión de Williamsburg? Nos atreveríamos a afirmar que absolutamente nada. Evidentemente que es muy importante e interesante un encuentro entre los ocho hombres más representativos e influyentes del mundo industrializado, incluso de distintas tendencias. Pero, no obstante, como latinoamericanos, debemos ser realistas en darnos cuenta que existe una parte Norte del mundo que tiene sus propias instancias y acuerdos globales, mientras que nosotros no hemos podido reiniciar o llegar a un diálogo profundo para establecer ciertas normas mínimas de convivencia. Y dentro de este mismo contexto, ¿cuáles fueron los resultados de la última Conferencia de Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo, UNCTAD VI? Creemos que fuera de haber sido un largo e interesante escenario pa

ra las relaciones Norte-Sur, tampoco allí se concretó nada decisivo para las justas aspiraciones de los países en vías de desarrollo.

El desafío del NOEI existe, está vigente, y tiene para nuestros pueblos una profunda trascendencia. Creemos que el hecho de que el diálogo Norte-Sur no haya podido tomar consistencia ni la fuerza suficiente, se agrava, más aún, por la falta de otro diálogo indispensable para nuestra convivencia y para nuestro futuro: nos referimos al diálogo Oeste-Este. Este diálogo pareciera haberse restablecido en la década de los '60 y de los '70, en función de una importante distensión de la llamada "guerra fría"; sin embargo, bien sabemos que los hechos de todos estos últimos años hacen que este diálogo aparezca cada vez como más difícil y complejo, lo que para los países latinoamericanos constituye una proyección absoluta y totalmente negativa.

El crecimiento que ha tenido el gasto armamentista en América Latina ha sido realmente de carácter desconocido y no comparable a ningún otro rubro prioritario de nuestras necesidades, lo que constituye una clara consecuencia de esta falta de acuerdos a los que hacíamos referencia. Es indudable que hay industrias y actividades que honestamente están vinculadas con esa producción de armamentos, lo que, por lo demás, aparece como una tendencia generalizada; pero subsiste, a nuestro juicio, una interrogante fundamental por resolver: ¿hasta qué punto el futuro de la humanidad está vinculado con el crecimiento del gasto en instrumentos de destrucción?

II. - LA PROBLEMÁTICA FINANCIERA MUNDIAL.

Es evidente que este cúmulo de situaciones adversas que denominamos problemática financiera internacional, con el trasfondo que no hay un NOEI, que no ha habido un diálogo Norte-Sur fructífero, que el diálogo Este-Oeste está prácticamente suspendido, etc., presenta una fuerte influencia y condicionamiento de todos y cada uno de estos factores negativos mencionados. Séanos permitido recordar, como elemento sintomático de análisis, que a partir del fin de la Segunda Guerra Mundial, el resultado de los conflictos que han habido en el mundo cuantitativamente hablando, ha sido mucho peor que los resultados de las dos conflagraciones mundiales juntas, con un agravante adicional, cual es que el costo que ellos han significado lo han padecido principalmente los países en vías de desarrollo.

Dentro de este amplio espectro de problemas, cree-

mos que cada día aparece como más necesario que nosotros miremos el tema financiero internacional desde nuestras propias perspectivas y realidades, sin que esto signifique, naturalmente, que no podamos llegar a un acuerdo con los países desarrollados, o que reproduzcamos, en este sentido, una estagnación similar a la que afecta al diálogo Norte-Sur.

Todo diálogo es válido cuando se trata de avanzar en la búsqueda de soluciones urgentes. La propia experiencia acumulada durante casi treinta años de haber estado vinculado a estos mecanismos financieros internacionales, nos lleva a reconocer que nunca antes habíamos presenciado una situación tal de dependencia, de un verdadero "colonialismo", de la realidad financiera internacional en su proyección hacia América Latina. No pretendemos decir que haya habido una actitud deliberada de los países industrializados del Norte de utilizar los mecanismos financieros para colonizar a los países en vías de desarrollo, pero sí que se ha producido un serio proceso de desequilibrio general en el campo de la economía, una profunda crisis, con sus correspondientes impactos, incluso, en los procesos políticos regionales.

Lo que está sucediendo actualmente en todo nuestro Continente es una muestra palmaria de lo antes afirmado. El hecho de que los responsables de nuestra política financiera y de nuestra política económica a nivel nacional estén dedicados exclusivamente a la renegociación de sus respectivas deudas externas, y el que deban ocupar gran parte de su tiempo en golpear las puertas de los países del Norte, sea para conseguir extensión del plazo de los créditos, sea para financiar los tipos de interés, o para que se eviten las quiebras financieras, es una realidad tan dolorosa como innegable. Todo esto estaría dentro de lo normal, siempre y cuando el esfuerzo que ello implica trajera como resultado alguna solución de fondo, lo que lamentablemente no está ocurriendo. Aunque la información que recibimos todos los días aparezca como muy positiva, en términos de que se consiguen las prórrogas solicitadas a la banca privada internacional o al Fondo Monetario, la verdad es que no hay una respuesta coherente y global a nuestros problemas reales, acudiéndose a entregas parciales de "oxígeno" para que no quedemos en situación de incumplimiento.

Creemos que estamos viviendo realidades sumamente serias, por lo que los expertos, como la gente que tiene vivencias directas de los problemas económicos, están considerando la situación actual, no sólo latinoamericana sino del mundo en general, peor que la recesión de los años 31 y 32, toda vez que este fue un fenómeno en el cual los países pudieron, de una u otra forma, ir encontrando respuestas en un mundo con menor cantidad

de población, con menos centros de poder, y con menos países en vías de desarrollo.

Con los niveles a que ha llegado la crisis en América Latina, este desequilibrio financiero se ha transformado en un desafío que no puede ni debe quedar solamente entregado a los expertos. Es un tipo de desafío que tiene que estar esencialmente en manos de la opinión pública, en el más amplio sentido del término, aunque, por cierto, ésta no tiene por qué estar en posesión de las respuestas apropiadas. Sólo en función de un amplio debate, de una clara información, y de una participación plena y madura, podremos encontrar las fórmulas de compromiso colectivo para salir airoso de estos tiempos difíciles.

Creemos que para entender esta crisis financiera mundial, sobre todo en lo que a Latinoamérica se refiere, tenemos que entender previamente algo que puede parecernos un poco ajeno, pasado en el tiempo y en otro plano: nos referimos al fracaso de los acuerdos de Bretton Woods. No olvidemos que en 1944, finalizando la Segunda Guerra Mundial, se echaron las bases de lo que sería el futuro sistema monetario y económico internacional, muy dentro de la línea de lo que fueron después las bases de las Naciones Unidas. En ese entonces, todos tuvimos un optimismo colectivo y pensamos que íbamos hacia un mundo de post-guerra racionalizado, estable y en crecimiento, basándonos en la filosofía de los acuerdos de Bretton Woods. Desgraciadamente, el sistema monetario vigente desde esa época, tuvo una profunda crisis el año 1971, a raíz de la posición de los Estados Unidos de discontinuar la vinculación del dólar con el oro, transformándolo en una moneda de libre cotización. Recordemos que en ese entonces se hicieron severas críticas a la administración del Presidente Nixon, pero las condiciones ya estaban dadas anteriormente en los Estados Unidos para asumir una conducta como la que se impuso. Resulta interesante agregar, como antecedente histórico, que el gran estadista francés, Charles De Gaulle, pronosticó que esta situación podía producirse, lo que trajo a colación serias tensiones entre su país y los Estados Unidos.

El proceso que lleva a esta situación especial del dólar a comienzos de los años '70, no se le puede atribuir a una administración determinada, pues venía desencadenándose desde 1960 a través de un perceptible proceso inflacionario que prosigue durante toda la década del '70. El crecimiento de la liquidez monetaria internacional, tal como la conocemos, es en gran parte un producto de los Estados Unidos y, también, de la Europa Occidental; pero de esta última sólo en la medida que es parte del mismo sistema económico. El perfil del endeudamiento nuestro, generalmente en "euro-dólares", no es una extraña coincidencia, pues el crecimiento monetario que se produce en los Estados Uni

dos se proyecta en forma tal, que una cuota importante de esta moneda va a dar a los bancos privados con sede en Europa, incluyendo las propias ramas de bancos americanos.

Cuando llega el año 1974 y viene la llamada "crisis del petróleo", evidentemente que ésta no es solamente el resultado, como a veces se señala, de la decisión de los países productores de petróleo de alzar el precio de sus materias primas, pues la situación de desequilibrio ya venía de tiempo antes. A veces olvidamos que países como Arabia Saudita o Venezuela no imprimen los dólares, simplemente se limitan a recibirlos. Este nuevo circulante va a los bancos de los países industrializados, multiplicando la liquidez creada por ellos mismos, especialmente por los Estados Unidos, a través de su sistema bancario. Comienza, de esta forma, un proceso desconocido históricamente por todos, caracterizado por la facilidad del acceso crediticio del Tercer Mundo en la banca comercial privada internacional.

Desde el mirador de la presidencia del Banco Interamericano de Desarrollo, una de las máximas preocupaciones que teníamos como institución, era de cómo se debía abrir el crédito para el crecimiento de los países latinoamericanos. Habíamos aprendido la lección que nos enseñaron los países industrializados, en el sentido que los países en vías de desarrollo debían absorber esas deudas en términos tales que pudieran pagar sus obligaciones con el producto de la nueva inversión, a plazos largos, con proyectos prioritarios, y, sobre todo, con intereses que fueran convenientes, entre un 6 y un 7%. Además, ni tan siquiera se hablaba de modificaciones de los intereses pactados, ni de ningún tipo de alteración de las bases de contratación. De esta forma, América Latina pudo, en la década de los '60, tener una gran capacidad de absorción de ese crédito público internacional, toda vez que aparecía como una región madura para asumir los mejores estímulos del mundo industrializado hacia los proyectos de desarrollo de los países del Tercer Mundo.

Creemos que no es del caso traer a colación muchas cifras, sino sólo recordar algunas que sirvan para darnos cuenta de qué fue lo que aconteció con este cambio de práctica sobre el sentido y las fuentes del financiamiento internacional. Nada mejor para este propósito que acudir a las propias estadísticas de la OECD que, como se sabe, funciona como un Club de los países desarrollados. Si uno compara las cifras de la década de los '60 con aquellas de 1980, se podrá tener un cuadro bastante claro de lo ocurrido. Las fuentes privadas de financiamiento a los países en vías de desarrollo, al inicio de los años '60, no aportaban más allá de un tercio del volumen total de esos recursos; es decir, dos tercios provenían de fuentes públicas, fueran estas multilaterales o bilaterales. El financiamiento público, por su na

turalidad misma, era a largo plazo y con una filosofía intrínseca de potenciar el desarrollo de los países más atrasados. Sin embargo, ese financiamiento privado de un tercio pasa a ser del 60% en 1980, lo que no quiere decir otra cosa que la privatización del financiamiento internacional. Como concepto, no es mayor problema el que se haya operado este fenómeno de privatización, pero él ha significado un fuerte encarecimiento de los costos y una filosofía absolutamente distinta, lo que ha traído como consecuencia una notoria pérdida del interés de los países del Norte por los proyectos desarrollistas del Sur.

Para complementar las estadísticas anteriores, es interesante apuntar la reducción que se produce en materia de financiamiento público internacional hacia América Latina. Los países miembros de la OECD, en el año 1974, facilitaban la mitad de sus recursos totales al continente latinoamericano; el año 1980 cae prácticamente a la mitad, siendo solamente el 27% de esos mismos recursos financieros. Los recursos públicos recibidos por América Latina durante la década del '60, representan el 60% del total absorbido; el año 1981 pasan a representar sólo el 16%. Estos cambios ocurridos en la estructura del crédito internacional nos deben llevar a entender lo que sucede, paralelamente, a nivel de los bancos privados y el nuevo rol que asumen en el financiamiento externo total. Cifras al canto: el año 1970 el crédito privado externo para América Latina representa un 20%, y el año 1981 pasa a ser un 67% del total.

Siempre han existido personas que sostienen que los organismos de cooperación, sean multilaterales o bilaterales, debieran tener una presencia complementaria, un rol subsidiario, a las iniciativas financieras de la banca privada relacionadas con los países en vías de desarrollo. Nuestra respuesta ha sido consecuentemente comprensiva, incluso desde la presidencia del Banco Interamericano, pero siempre y cuando esa banca hubiese podido cumplir sus labores dentro de un espíritu de auténtico servicio público, lo que lamentablemente no ha sucedido. La mejor expresión de esta incapacidad son los tipos de intereses que hemos presenciado durante los últimos años; en 1970 el interés medio de la banca privada es de un 8%, para llegar, en 1980, a un 18%. Esto crea, evidentemente, un cuadro de carácter adverso en nuestros países, con los graves desequilibrios a los cuales estamos enfrentados.

En el mismo orden de cosas, también habría que reconocer que hubo un proceso y una temática entre los banqueros privados que, muy honestamente, desde un punto de vista intelectual, plantearon que ellos estaban cumpliendo con el papel de reciclar los resultados económicos de los mayores costos del precio del petróleo. No obstante, lo que esos mismos banqueros no tuvieron en claro cuando comenzó esta política en 1975, fue que las tendencias

inflacionarias de los Estados Unidos, como del mundo industrializado en general, se detendrían bruscamente al inicio de la presente década, dando paso a políticas anti-inflacionarias con los tipos de intereses a los que ya hemos hecho referencia.

Si bien es cierto que en muchos países hubo una gran necesidad de financiar sus importaciones de petróleo, el "recycling" no tuvo las características de un servicio público internacional. Lo que realmente ocurrió, a fuerza de ser honestos, fue que los bancos tuvieron, producto de un mayor circulante, una gran liquidez internacional y quisieron colocar esos mayores recursos. Hemos visto en muchos de nuestros países el inmenso endeudamiento externo, pero sólo un porcentaje minoritario del mismo fue dedicado a la importación de petróleo. En gran parte éste se deriva de importaciones en general, pero sin controles, sin planeamientos, sin una concepción de tipo de sarrollista, que no hubiese sido tan negativo si los tipos de interés, o al menos, la capacidad de pago, hubieran estado en concordancia con las posibilidades de cumplimiento a futuro. Por otro lado, y a mayor abundamiento, se produce la insoslayable verificación de que, siendo los recursos monetarios internacionales un bien que no puede crecer en forma indefinida, comienza a terminarse el período de gran liquidez de la banca privada, lo que significa un nuevo impacto negativo para los países del Tercer Mundo.

Este mínimo análisis configurativo de la actual problemática financiera internacional, nos lleva a sostener que nuestros países, evidentemente tienen una cuota de responsabilidad en todo lo que ha ocurrido, especialmente por no haber manejado sus capacidades de endeudamiento en forma adecuada, pero también, que existe una gran responsabilidad de los propios países acreedores por haber cambiado las reglas históricas y los principios del financiamiento internacional. No podemos dejar de sentir alegría al enterarnos que el proceso de recesión en los Estados Unidos está declinando, que está aumentando su producción interna que el empleo está nuevamente creciendo, etc. Sin embargo, tampoco podemos dejar de preguntarnos frente a todas estas "buenas nuevas": ¿y qué está ocurriendo en el Tercer Mundo en general, y en América Latina en particular?.

Los países industrializados del Norte no sólo han causado problemas por los tipos de intereses que ha estado aplicando su sistema bancario sino, además, por las limitaciones que han impuesto a las importaciones de productos provenientes del mundo subdesarrollado, bese a que su filosofía oficial durante largos años fue la completa libertad comercial. Pero cuando aparecen los fantasmas del desempleo y de la recesión, han aplicado las mismas medidas restrictivas que nosotros usáramos para nuestro desa-

rollo interno, que tan duras críticas han recibido históricamente por parte del mundo desarrollado. Si las medidas que están aplicando ahora los países industrializados se hubiesen podido realizar dentro de nuestras realidades nacionales y regionales, estaríamos caminando hacia una estabilización conjunta, pero sabemos que esto no es viable dentro del actual orden de cosas. No obstante, cada vez nos convencemos más que en los propios países del Norte se ha estado produciendo un claro movimiento que procura ir a la formulación de un Bretton Woods II que cambie el actual sistema monetario y financiero internacional, no sólo por una preocupación hacia el Tercer Mundo, sino que también por una preocupación hacia sus propios procesos de desarrollo.

Todo lo anterior está obligando a los países del Tercer Mundo a plantear nuevas reglas del juego frente a los países industrializados. Sabemos que este es un problema difícil de abordar por la logística que requiere, y por la imposibilidad de pedir a quienes están encargados de la política financiera de sus respectivos países que busquen soluciones para el Continente en su conjunto. Si el Presidente Reagan puede juntar en Williamsburg a los ocho hombres más importantes del mundo industrializado, ¿por qué los Jefes de Estado latinoamericanos no pueden reunirse en torno al tema del endeudamiento externo de la región, formando un frente común para las deudas inmediatas y para las situaciones del futuro?.

Como se sabe, recientemente la Organización de Estados Americanos, OEA, patrocinó un encuentro en Caracas para discutir acerca de la situación del grave endeudamiento exterior de América Latina. No obstante las expectativas despertadas frente a la iniciativa, los gobiernos enviaron a personas imposibilitadas de asumir compromisos sustantivos sobre la materia, lo que resulta comprensible, por otra parte, si asumimos que no existe ningún Ministro de Hacienda que desee comprometerse, en las actuales circunstancias, más allá de la realidad de su propio país. Por estas razones, insistimos en que las soluciones a nuestros problemas son respuestas de carácter político integral, y que sólo pueden darse al nivel de los Jefes de Estado de América Latina.

III.- LOS DESAFIOS LATINOAMERICANOS.

Al hablar de desafíos presentes de América Latina, valdría la pena, comparativamente, reivindicar los logros positivos de nuestro proceso de desarrollo durante la década de los años '60 y '70. En el transcurso de esos años nuestras tasas de crecimiento son excepcionales, no habiéndolas tenido jamás antes en nuestra historia independiente. En poco más de 20 años,

América Latina casi se cuatriplica en su población; sin embargo, los ingresos per cápita se duplican. Es cierto que no hay una buena distribución del ingreso, pero el nivel del latinoamericano medio, expresado en dólares de 1980, pasa de unos USD\$ 800 en el año 1960, a unos USD\$ 1.600 en el año 1980. Creemos que estos factores de tipo positivo se explican, básicamente, por las fuerzas propias generadas por el proceso de industrialización latinoamericano, por las transformaciones socio-económicas operadas en todos los sectores y niveles, como asimismo por el papel de participación asumido por los organismos multilaterales en la búsqueda y aplicación de las fórmulas idóneas para estimular este tipo de crecimiento regional.

Es indudable que las estadísticas de estos dos últimos años presentan caracteres negativos. Se afirma que nuestras exportaciones, que tenían un ritmo creciente al igual que el Producto Nacional Bruto, están de baja o se han congelado; pero debemos ser optimistas en relación a lo que ya hemos avanzado, y a la preservación de esos estadios de desarrollo alcanzados. Es to último, sobre la base de asumir la gran responsabilidad de no desmantelar, imprudentemente, lo que se ha construido con el esfuerzo de varias generaciones, como asimismo de devolverle a nuestro proceso de integración el ritmo pertinente.

Por lo demás, y dentro de esta mentalidad positiva a la que estamos haciendo referencia, no debemos olvidar que en estos veinte años la inversión interna latinoamericana se cuatriplica, lo que demuestra una enorme capacidad de ahorro y de movilización de recursos propios para los proyectos de desarrollo y el futuro de la región. Reincéntivar esta potencialidad latente aparece como una tarea de primer orden.

También debemos subrayar, como valor favorable, el efectivo entendimiento intra-latinoamericano que se produce en estos últimos veinte años. No es del caso entrar en detalles, pero la gran institucionalización que se materializa en los años '60, como los acuerdos de carácter extra-institucional, siguen expresándose a través de una larga serie de organizaciones empresariales, académicas, tecnológicas y culturales, que proyectan una interacción que es indispensable mantener a cualquier costo para nuestra vida futura en proceso de integración.

En lo que pudieramos llamar propiamente el cuadro de la institucionalización de la integración, tenemos que confesar que si bien es cierto que el Acuerdo de ALALC, el Pacto Andino, los acuerdos de Mercados Comunes, etc., tuvieron un balance positivo en la década de los '60, no entregaron todos los resultados espectaculares que de ellos se esperaba. No queremos entrar en un mayor análisis de las causas que son muchas, comple-

ja
no
la
su
ca
Te
Del
lo
co
na
Ar
de
na

ter
can
en
Com
zar
ces
mun
gab
de
siv
y h
tas
e in
noar
nea
dici

del
Pres
ra e
much
que
mo n
crea
tran
nia
cho
ma m
te B
en e
baja

jas y diversas; sólo quisieramos plantear que esas experiencias nos deben llevar a la idea que América Latina necesita reformular sus procesos integracionistas. En primer término, debemos asumir una política que nos lleve a un auténtico régimen de "mercado común", dándole una nueva vigencia a lo que plantearan los Jefes de Estado Latinoamericanos el año 1967 en Punta del Este. Debemos hacer un esfuerzo flexible e inteligente para sacar a los actuales esquemas subregionales de sus crisis de estagnación contingente, buscando, al mismo tiempo, un tratamiento adecuado para los países más gravitantes de la región (México, Brasil y Argentina), quienes aún creen que las respuestas están dentro de su propio crecimiento, desvinculado y aparte del resto de los países hermanos.

Todo lo antes expresado nos lleva, nuevamente, a reiterar la necesidad de una reunión de Jefes de Estado latinoamericanos para un replanteamiento del problema financiero regional y en general, para determinar las bases de lo que debiera ser una Comunidad Económica Latinoamericana, para lo cual podemos utilizar la experiencia europea como un verdadero modelo. Aunque a veces los europeos son críticos de lo que sucede en sus propias comunidades económicas, lo cierto es que han tendido un éxito innegable, sobre todo desde el punto de vista histórico. El Tratado de Roma de 1957 es, a nuestro juicio, uno de los hechos más decisivos en lo que se refiere a una cierta estabilidad en el mundo, y ha permitido a los países de la Europa Occidental unas fuertes tasas de credimiento económico y una extraordinaria gravitación e importancia en el concierto internacional. Tal como los latinoamericanos aprendimos en el siglo XIX y XX de la temática europea, creemos que al final de este siglo debiéramos estar en condiciones de saber utilizarla más que nunca.

Hace pocos meses, con motivo del Segundo Centenario del nacimiento de Simón Bolívar, en un encuentro en Venezuela, el Presidente del Perú planteó la necesidad de una moneda única para el grupo subregional andino. Aunque se pueda considerar por muchos como una teoría más o una absurda ficción, no olvidemos que nuestra historia está llena de utopías realizadas. Baste como muestra de lo afirmado, el propio hecho que la primera idea de crear el Banco Interamericano de Desarrollo surge en 1891, encontrando un terreno fértil y adecuado sólo 70 años después. La propia Comunidad Económica Europea, con diferencias históricas mucho más sustantivas que las nuestras, ha podido formar un sistema monetario común. Creemos que los planteamientos del Presidente Belaúnde responden a una necesidad real de América Latina, y, en esta misma medida, estimamos que ha llegado el momento de trabajar con esa orientación de futuro.

En la reunión de Punta del Este de 1967 nos atrevi

mos a plantear, con gran escándalo por parte de algunos Minis-
tros de Hacienda, lo siguiente: "Como banqueros hemos venido sos-
teniendo que no bastan los procedimientos tarifarios e impositi-
vos y de política comercial, si al mismo tiempo no se crea y de-
sarrolla un sistema de cooperación monetaria y financiera que
promueva la rápida expansión de los niveles de expansión regio-
nal... La América Latina necesita para el próximo decenio una in-
yección de recursos financieros que fortalezcan su actual posi-
ción de reserva monetaria internacional. No por casualidad se plan-
tea a los estudios de expertos la necesidad de costos especiales
para compensar las fluctuaciones de los precios de las materias
primas. Con un sistema de esta naturaleza, nuestros asociados
no estarían colocados, como sucede con persistente frecuencia, en
la difícil situación de tener que solicitar ayuda externa para en-
frentar sus tempestivas dificultades financieras en corto plazo.
Habría una posibilidad de recurrir previamente a la propia coope-
ración de la comunidad de naciones latinoamericanas, y ésta con
la garantía y la fuerza de sus propias reservas. La gravitación
política de estos veinte países y el efecto favorable de un pro-
grama global estaría evidentemente en condiciones más firmes en
el orden financiero internacional".

Durante las últimas décadas nos hemos entendido bas-
tante bien en lo que a financiamiento del desarrollo se refiere.
Parece que ahora nos corresponde entendernos en la idea de un sis-
tema monetario y financiero común, buscando nuestras propias fór-
mulas y soluciones. A la luz de la experiencia de la crisis finan-
ciera internacional, quizás ha llegado la hora de "nuevas utopías":
la Banca Central Latinoamericana y la Moneda Común del Continen-
te.

E

qún
cesc
tos
apan
que
las
libe
han
tica
proc
camb
cluí

apar
ya s
to d
aisl
cen

requi
nale
prod